Domingo 33 del Tiempo Ordinario – Ciclo C[1]

"Gracias a la constancia (perseverancia) salvarán sus vidas" (Lc 21,19)
Imaginemos una escena muy sencilla.
Una familia entra a la iglesia un domingo. Comentan entre ellos:
"Qué linda está la capilla, qué bonitas las flores, qué bien canta el coro…".
Sacan alguna foto, miran las imágenes… pero pueden salir igual que como entraron: sin dejar que la Palabra cuestione su vida.

Algo parecido pasa en el Evangelio de hoy. La gente está admirando la belleza del Templo de Jerusalén, y Jesús interviene para cortar esa ilusión:
"De todo esto que contemplan, llegarán días en que no quedará piedra sobre piedra".

Para muchos judíos, el Templo era el centro de todo: la casa de Dios, el orgullo nacional, el símbolo de seguridad. Y Jesús se atreve a decir: esto se puede caer.
Es fuerte. Pero Lucas quiere enseñarnos algo importante: Dios no se ata a las piedras ni a las apariencias religiosas. El verdadero "templo" donde Dios quiere habitar es la comunidad de discípulos, la vida del creyente, nuestro corazón y nuestra historia concreta.

Podemos preguntarnos:
¿En qué cosas apoyo yo mi seguridad religiosa?
¿En el edificio, en la tradición, en la imagen bonita… o en una relación viva con el Señor y en la práctica de la justicia y del amor?

No es una película de terror sobre el fin del mundo
Este trozo de Lucas suele llamarse el "pequeño apocalipsis". Aparecen guerras, terremotos, hambres, epidemias, persecuciones… y es fácil asustarse o pensar que el Evangelio nos quiere asustar.
Pero el propósito de Jesús no es hacer una película de terror sobre el fin del mundo.
Más bien, es una catequesis para tiempos difíciles:
Cuando todo se mueve, cuando las instituciones se tambalean, cuando la fe es ridiculizada, ¿cómo debe vivir el discípulo?

Jesús nos avisa: la historia siempre tendrá conflictos, injusticias, guerras, crisis. No nos entrega un calendario del fin, sino una manera de vivir la fe en medio de la historia.

La prueba más dura: a veces, los más cercanos… cuando sufres la injuria, te hacen mala fama, en tono elocuente hablan a otros a tus espaldas.
Jesús también advierte a sus discípulos que serán perseguidos.
Y Lucas, muy concreto, dice que no solo vendrá la oposición de autoridades, sino también del entorno más cercano: *"Seréis entregados incluso por padres, hermanos, parientes y amigos".*
Eso lo conocemos: el comentario irónico en la casa, la burla por ir a Misa, la mirada despectiva cuando alguien decide vivir con más coherencia el Evangelio.
A veces, la prueba más dolorosa no viene de fuera, sino de quienes amamos.

---

[1] Dimensión de Animación Bíblica – Provincia Chilena del Verbo Divino. José Miguel Alvarado B. svd

Y sin embargo, Jesús les dice algo sorprendente: *"Esto os servirá de ocasión para dar testimonio"*.
Es decir, las dificultades no son solo obstáculos; son oportunidades para mostrar quién nos sostiene.
No se trata de responder con agresividad, sino con una fe serena, con una palabra sencilla, con una coherencia humilde que hable por sí sola. Es para responder con obras.

El otro peligro: no hacer nada
La segunda lectura, de la Segunda Carta a los Tesalonicenses, nos muestra otro problema. En esa comunidad había personas que, pensando que el Señor venía pronto, habían dejado de trabajar. Estaban ociosos, metiéndose en todo, sin asumir sus responsabilidades.
San Pablo es muy directo: *"El que no quiera trabajar, que no coma"*.

La espera del Señor no justifica la flojera espiritual, ni la irresponsabilidad en la vida diaria. Esperar a Cristo no es quedarse mirando el cielo, sino seguir trabajando, sirviendo, estudiando, cuidando a la familia, ayudando a los más pobres, con fidelidad y constancia.

Hoy podríamos traducirlo así: No sirve decir "yo soy muy creyente" si eso no se nota en la responsabilidad en el trabajo, en el estudio, en la familia, en la comunidad.
No sirve hablar mucho de Iglesia, si nunca tengo tiempo para servir a nadie.
La fe no nos saca del mundo: nos compromete más con el mundo.

El corazón del mensaje: perseverar
Y llegamos a la frase central del Evangelio de hoy, una de las más hermosas y exigentes de Lucas: *"Gracias a la constancia salvarán sus vidas"* (Lc 21,19).

¿En qué consiste esta perseverancia?
No es aguantar con cara triste. No es resignarse diciendo "qué le vamos a hacer".
La perseverancia evangélica es: seguir confiando en Dios cuando la oración se hace seca, seguir apostando por el bien cuando parece que "todos hacen trampa", seguir trabajando honestamente cuando otros se aprovechan, seguir amando cuando el corazón está cansado.

Perseverar es permanecer en el amor.
No dejar que el mal, la rutina, la indiferencia o la desesperanza tengan la última palabra.
Quizá hoy el Señor te mira a los ojos y te dice personalmente: "Con tu perseverancia, salvarás tu vida". Y tú puedes preguntarte: ¿En qué campo concreto me está invitando a perseverar? ¿En mi matrimonio o en mi familia? ¿en la comunidad? ¿En una relación difícil que me cuesta sostener? ¿En mi servicio en la comunidad o en mi trabajo honesto? ¿En una lucha interior que vengo dando hace tiempo?

Al final del año litúrgico, la Iglesia nos invita a revisar en qué hemos puesto nuestra seguridad y cómo estamos esperando al Señor.
No en las piedras del templo, no en la apariencia religiosa, no en el miedo al fin del mundo, sino en una vida fiel, sencilla y perseverante.